

La vida perdurable

A Carme Riera

Aquí en Castilla es media noche, casi vencido este verano. Pero he marcado 07 y el 1 de larga distancia, y ya me encuentro en los circuitos que cruzan los enormes insolados espacios, sobre la erizada piel de Norteamérica. Ese cielo inmenso y esa desolación que siento. Lo mismo que si llamara otra vez desde la cabina telefónica de un oasis o estación gasolinera o área de descanso obligado en una de aquellas autopistas sin fin. Millas y millas despobladas. Y en seguida me pongo a marcar el 913, que es el indicativo del Estado de Kansas. A lo mejor un largo trecho con el repugnante olor de una mofeta aplastada por un auto. Y de tarde en tarde, pueblos o ciudades de casas desperdigadas, que parece vaya a borrar el torbellino de un tornado. Y otra vez interminables territorios.

Todo es automático, instantáneo. Los ciegos impulsos de las cifras saltando en mi oído. Y suena el teléfono al otro lado del mundo, como si nada, en aquella casa pequeña de madera, lejos del *campus*, perdida detrás de unos pocos árboles. Suena y suena repetidamente. Todavía son allí las 5 P.M. Aunque aquí se oigan los timbrazos en mitad de la oscuridad, entrecortados por los trozos de silencio más vacío que conozco. Pero querría que las cosas ocurrieran como entonces. Si hago un esfuerzo llego a estar seguro de que es Emilia quien puede descolgar el teléfono. Se encuentra de veras allí, en una dimensión real que existe Dios sabe de qué manera condicionada por alguno de mis viajes hacia su casa, cuando para anunciarle mi llegada llamaba yo desde la mitad del larguísimo camino. Suena igual al teléfono. Y ella aguarda desesperadamente.

—Eh. Eh. ¿Me oyes?... Estoy llegando. Antes de tres horas estaré contigo, grito.

Se ha incorporado en la cama de sábanas floreadas de entonces dentro del abierto dormitorio sin puertas, sólo con biombos, que ocupa casi el espacio entero del primer piso, y donde huele siempre a aquel jabón negro traído de España, y tiembla tan desamparado el timbre del teléfono. Sé que Emilia siente aún escalofríos, pese a que haya apagado el aire acondicionado y haya entreabierto la corrediza ventana. Y surge una claridad dura, agitada por el crujido de los nogales resecos que rodean la casa, y por el desgarrado latir de las chicharras.

—Siempre pensamos que éste va a ser el último verano en América... Y luego ya ves —dice.

—El año que viene estaremos seguro en Mallorca o por ahí, en el mar, en una playa —le dijo, riendo, histérico.

—No te creo —insiste—. Ese es sólo un país bueno para turistas. Sólo ganan los trepadores.

—El año que viene —repito.

Después de nuestra conversación ha saltado de la cama y anda descalza sobre la alfombra de dibujos asimétricos, como de galaxias y constelaciones de otra parte. Los ojos bajos, grandes y oscuros, mientras me aguarda, pero tan desasistida como siempre. Bordea el escritorio donde está la máquina eléctrica, las revueltas cuartillas y ejercicios de los estudiantes, y llega a la otra ventana. Descorre también el vidrio, para que entre más fuerte el aroma espeso de los árboles y el batir de los insectos. Seguro que necesita creer que todo es verdadero. Y ya sólo aguarda el rodar lento de mi coche en el camino de tierra, junto a la casa.

—¡Emilia! —grito—. ¡Emilia!

Lo malo es que suene el teléfono sin obtener ninguna respuesta. Como cuando llamé desde aquella estación gasolinera del camino. Nada más que el timbre en este vacío. Y hay que volar hacia allí, hacia la casa de madera que ocultan los nogales. Correr por las perdidas autopistas, por los repetidos territorios agarrotado al volante, sin hacer caso de la velocidad límite de 55 millas por hora, ni a la policía posiblemente vigilante, o al radar. Correr devorando esas imágenes de cielos electrizados e inmensos, de pueblos desperdigados, repetidos o aniquilados en otros viajes iguales. Correr devorado esta desolación que siento renacer siempre. Lo malo es no oír tampoco la voz de Emilia. Únicamente la casa con ese silencio sobre el cual suena el timbre del teléfono. Y enseguida escuchar el chorro del agua vertiéndose desde el baño. Y distinguir el color de la diluida sangre, el delicado cuerpo brillante, flotando apenas, las pequeñas manos extendidas, como si al fin jugara y se meciera en el mar.

Antonio Ferres